

CAMBIO EN LA IGLESIA

*¿necesidad?
¿utopía?
¿temeridad?*

¿Qué exige de nosotros el cambio? Tomarlo en cuenta, estudiarlo, calcular sus efectos presentes y futuros... apreciarlo en sus grandes logros, entenderlo para ayudar a encauzarlo.

M. MC GRATH.

Mi vocación personal es la de un peregrino de la paz, siguiendo el ejemplo de Paulo VI: prefiero mil veces ser matado que matar.

M. HELDER CAMARA.

LA IGLESIA se moderniza. En la era del espacio, con súbitas aventuras y sobresaltos fenomenales, la Iglesia parece estar realizando un proceso de cambio después de varios centenares de años. La secuencia, inevitable y necesaria, concomitante con la naturaleza humana, suscita un nuevo marco socio-religioso, en un clima de cultura pluralizada y orientado a ser vivido según "tendencias consensuales masivas", esto es, según el sentir cultural generalizado.

Desde el punto de vista histórico, dinámico, vital, la Iglesia postconciliar parece recorrer un primer momento de: 1) Institución diferenciada, que acepta la pluralidad, la formación de élites reflexivas, la tendencia a la concientización de grupos. La Iglesia holandesa de 1950 señalaría este primer tiempo.

La maduración de esta Iglesia diferenciada produce sobre otras un efecto multiplicador originando el salto hacia una súbita 2) **desorganización relativa**, segundo momento del cambio, caracterizado por opciones radicales, demandas al compás de nuevos símbolos y técnicas operativas capaces de imponerlos. La Iglesia de los países vascos y en el caso argentino la diócesis de Rosario serían indicios de un "desfasaje", anomia y pretensión de nuevo alineamiento.

Superadas las etapas, un tercer momento señalaría el 3) **crecimiento sostenido** y a nivel institucional acompañando al nuevo movimiento que dice ser dinámico, participativo, científico, evangélico, autónomo,

por
Alberto Castells

popular. Desde el mensaje de los Obispos del Tercer Mundo, pasando por media docena de Iglesias nacionales, hasta el reciente Sínodo de Santiago, todos imaginan el crecimiento, inmaduro aún y cuyos resultados habrá que esperar.

La mutación que se opera exige un análisis distintivo. Frente a Iglesias particulares, situadas en momentos diferentes de cambio, y en razón de un subjetivismo inevitable de quienes "conjurán" las vivas realidades, "fagocitan" las tendencias o recurren a la "quiebra" revolucionaria, parece necesario distinguir grado, calidad, trascendencia, sentido del cambio que vive la cristiandad y el mundo.

EL CAMBIO FUNCIONAL

Es un hecho que la estructura institucional de la Iglesia se mantiene. La permanencia y estabilidad parece ser también una realidad histórica como lo es el cambio. El Episcopado del Perú señala que de acuerdo con las categorías filosófico-políticas, la Iglesia no puede definirse ni como monarquía ni como democracia.

Las verdaderas mutaciones se van dando en el logro de funciones eficientes y dinámicas que superen el marco inmovilista, la organización formal, los roles absolutos, las responsabilidades exclusivamente jurídicas. El cambio funcional, operando dentro del sistema, va informando y conformando en su interacción recíproca nuevas actitudes, expectativas, mentalidades y

Profesor de Derecho
Constitucional de la
Facultad de Ciencias
Jurídicas de la
Universidad del
Salvador

roles. La estructura de la Iglesia pasa a ser una categoría fenomenológica y persigue la concreción de un modelo histórico y real donde "la unidad del espíritu pueda manifestarse en la pluralidad de funciones y responsabilidades".

1. — El **gobierno pastoral** quiere ser hoy un signo de nuevo estilo en el oficio de Pedro. Algunos acontecimientos, reacción a la H. V., abiertas innovaciones, renunciadas, ocupación de Iglesias, todos alientan una marcada "horizontalización". Pero el cristiano común sigue adhiriendo a la autoridad libremente aceptada, porque la siente en la naturaleza misma de las cosas como intrínsecamente buena. Debe aceptarse sin embargo, la opinión de que la autoridad, en cuanto al viejo cuño de aplicación, ha sido superada.

Para el Concilio, Cristo es la fuente de obediencia, anonadado por su muerte en Cruz. Hace varios siglos, San Agustín y Santo Tomás justificaban la sumisión a una radical autoridad, a partir de un universo jerarquizado y ordenado por Dios. Para el pueblo hoy, el sentido no puede ser otro que aceptar evangélicamente la misión. En su modo, afirma von Balthasar, la obediencia debiera ser misionera, en diálogo, a nivel de los hechos, en la responsable libertad.

Es cierto que algunos desacatan la autoridad episcopal. Hablan de una obediencia condicionada y les parece imposible estar en comunión con su Obispo, mientras no haya cambios. Situación de "derrumbe" y peligrosa dualidad estructural. Pero es también un hecho que la Iglesia "humilde servidora de los hombres" gravita con cierto riesgo la conducción marcadamente jerárquica, formalista, potestativa. Conformase un "estallido" por ahora abierto a posibles soluciones.

2. — La **colegialidad** va adquiriendo las dimensiones del mundo, dice Paulo VI. A nivel deliberativo o en la corresponsabilidad, según los casos, aparece como una evidencia de cambio funcional. Próximos al Segundo Sínodo Mundial de Obispos afirma el Cardenal Suennens que la colegialidad se aproxima a los niveles superiores de la Iglesia. La experiencia vivida a través de Medellín y la detonante opción de los Obispos africanos prueba que una realidad se abre paso y no es incierto afirmar que la colegialidad continental, a través de las Iglesias particulares está llamada a "promover un futuro venturoso para la Iglesia universal". A nivel de Sínodo Mundial, Conferencias Episcopales continentales, Sínodos de Obispos nacionales, se va concretando, aunque no siempre en forma de corresponsabilidad jurídica. Alentados por Paulo VI se reúnen en las Diócesis de Salzburgo, Ruan, Ceilán, Santiago de Chile, Molinas y otras, los sacerdotes de mayor predicamento, elegidos a veces por sus propios pares y constituyendo Consejos Presbiterales. Cabe esperar aún la eficacia de estas iniciativas que

acercan la colegialidad a sus bases operativas.

3. — La **descentralización** de la Iglesia, dicen los nuevos teólogos, está en la Historia Bíblica. La cristiandad parte de Cristo y los "doce". A los Apóstoles siguen los Obispos en la Iglesia pastoral. Centralización en torno de Pedro, descentralización en cabeza de los Obispos. El Papa, a través de las reformas del Concilio, desea que la Iglesia "se refleje en Cristo y emprenda la santificación interior enseñando al mundo un nuevo rostro". Continuator del retorno bíblico iniciado por Juan XXIII, alienta una audaz involución y con ella un profundo cambio funcional.

El Episcopado holandés ha sugerido ya la descentralización. La tesis de Ratzinger y Rahner, cuyo ánimo ecuménico les hizo deslizar sus teorías por los subsuelos de San Pedro, encuentran concretas coyunturas. También el Episcopado alemán trae a la memoria su antigua teoría hoy alimentada. Conceptúa que la Iglesia universal tiene la "facultad y el derecho de decidir con carácter definitivo dónde deberá darse testimonio de la Palabra de Dios, dentro de la red de Iglesias en comunión". En otro orden de cosas la Curia Romana, esa institución donde cada mañana convergen 600 funcionarios, también va adquiriendo un espíritu más participativo y democrático, y la Congregación para la Doctrina de la Fe modera su imagen y deja de ser el "espantapájaros" del Vaticano, según expresión del Cardenal Seper.

Los encuentros ecuménicos de Paulo VI, el diálogo con sus Obispos fuera de Roma, las Conferencias Episcopales continentales, los Sínodos deliberativos, prueban que la Iglesia va en búsqueda de un nuevo modelo histórico.

LA INNOVACION DEL CRECIMIENTO

Una generalizada fórmula sociológica informa de los procesos de modernización, de oportuna aplicación al cambio religioso. A mayor especialización de áreas en la estructura, y cuanto más elevados sean los índices de movilidad y diferenciación, mayor es la eficacia de un crecimiento sostenido, mayor la capacidad para encarar nuevas reflexiones y mayor la legitimidad para crear nuevos roles. En presencia de tradiciones y estándares culturales inmovilistas la Iglesia ha madurado ya y puede discernir entre lo permanente y lo accesorio, entre la verdadera y la falsa impugnación. Frente a las expectativas del cambio, dice Congar, ella penetra, aunque a veces con despaciosa cautela, en las pautas del crecimiento.

La fuerza dinámica de estos procesos está dada por 1) la maduración de la reflexión teológica a través de grupos modernizantes, 2) la asimilación institucional de ciertas nuevas simbologías, 3) la movilización pastoral en bases con aptitud de crecimiento. Esta innovación es

presentada por los teólogos como un proceso de futuro, purificador de intocables viejas verdades y más complaciente con las inquietudes contemporáneas.

4. — A través de una **Teología novedosa**, la modernización contempla la necesidad de re-introducir a Dios en un sistema universalmente ateo. Las tendencias innovadoras se proyectan desde una perspectiva histórica. Durante 30 años el jesuita Teilhard de Chardin ha buscado al Señor "en el corazón de la materia universal". Hoy, la nueva Teología construye la síntesis inacabada. Muchos ven en estas investigaciones "tendencias" que inducen al error, aunque reconocen no proclamar nuevos contenidos de Fe.

Para llegar a la Palabra de Dios la nueva Teología parte de los problemas humanos. En la Revelación no dudan de la inspiración divina, pero insisten en confrontar la prueba de los textos históricos. Acerca de la Persona de Cristo acentúan los exégetas la presencia del Cristo histórico y del Hombre real, sin comprometer por supuesto la divinidad. En la Pastoral eclesializan todo lo humano mediante la encarnación de la Iglesia. La Liturgia retorna a la primitiva y rústica comunión apostólica.

Apegados a una fe tradicional muchos cristianos no pueden ocultar cierto malestar. La fe les pareció casi siempre un conjunto de dogmas inmutables en su esencia, contenido y expresión. Hoy vacilan y aunque conservan la voluntad de creer, notan una confusa explicitación, inaccesible para la mayoría.

5. — La moderna Teología ofrece además una **Historia del Dogma** como vía científica de evolución de cuanto aparece inmodificable a través de la Teología Dogmática. Graneados grupos de teólogos europeos trabajan a nivel de científica reflexión en Historia del Dogma. Según dicen, no abdicar del Dogma tradicional, y tan sólo presentan un planteo renovado, aunque acusado a veces de ambigüedad. Frente a las vacilaciones de la Teología Moral, los silencios concretos del Evangelio, la difícil inteligencia de las Verdades de la Fe, aparece la Historia Dogmática como veta misteriosa de nuevas creaciones doctrinales. Los cristianos, en la periferia del fenómeno piensan que dos Teologías se confrontan y no están equivocados. Desde el "caso" Bluysen, pasando por la carta del Episcopado Holandés de 1960, Schillebeeckx, Kung, el Catecismo holandés, en todos puede advertirse como causa de impugnación una sobreestimación histórica. La Iglesia, en cuanto sirve para resolver marginalmente los problemas del dogma, descalifica la Historia del Dogma. Las des-inteligencias en la comprensión de la Fe, causadas por las acepciones ambiguas, los matices del lenguaje, los excesos y defectos, no han sido explicados. Está ahí el teólogo Tahner, para sostener que los nue-

vos teólogos son cuidadosos ortodoxos en las verdades de la Fe.

6. — Las normas de la Iglesia "real" conforman una **juridicidad "abierta" y disminuida**. No existe Iglesia sin institucionalización de normas. Pero éstas, que son fuente de un poder concreto, han conseguido a través del tiempo hacer palidecer las esencias religiosas. Cuando el Concilio propone reformas en la legislación para una Iglesia pastoral en crecimiento, dice Gastberger, lo hace sin necesidad de mayores argumentaciones.

Frente a normas de racional contenido señalando prescripciones y sancionando prohibiciones, vienen apareciendo normas no oficiales que en el uso corrigen, complementan y contradicen el derecho oficial, originando falta de vigencia o discrepancia entre conducta ideal y comportamiento real. Más allá de un nuevo derecho que se perfila, progresa la tendencia a no cerrar el círculo prescriptivo y a mantener "en sordina" las sanciones normativas. Para Larkin la doctrina y vida de la Iglesia es hoy compleja, las sentencias unívocas poco habituales, y la Iglesia, inclinada hacia un gobierno pastoral quiere enaltecer al mundo, responsabilizando al laico en el campo cada vez mayor de las opciones personales.

Frente al ya célebre "proceso" al teólogo suizo, a la ruptura del celibato a título reivindicatorio, a la "usurpación" de templos, probaríase que la Iglesia presenta un nuevo estilo de apertura, dice Blond, y que habrá de matizarse con un mínimo de normas, que en su fuerza obran señalando actitudes y conductas.

MENTALIZACION COMO PROCESO NUEVO

La conformidad o no con determinadas creencias se da abundantemente en la Iglesia de hoy, en razón del momento dinámico que la caracteriza. Estas creencias, que tocan a la personalidad individual, son internalizadas, esto es, comprendidas y optadas por cada uno según las propias convicciones y según el grado de aceptación social. Este proceso de **mentalización** es para Mc Kinney primordial en la vigencia de nuevos valores sociales. Debe darse vitalmente y habrá que saberlo esperar.

En el actual proceso de crecimiento ordenado, la mentalización se da 1) en los centros perisféricos de cristianos comprometidos y en la base de las comunidades religiosas. A modo de opinión pública informada internalizan y expanden los nuevos símbolos creados por teólogos reflexivos. 2) La nueva simbología adquiere vigencia al llegar masivamente al común de los cristianos. Para Talcott Parsons una vez mentalizado el nuevo símbolo es ya socialmente legítimo.

La mentalización como proceso de cambio se va dando en la Iglesia a través de las nuevas reformulaciones dogmáticas, la

adaptación de instituciones, la renovación de los elencos, la redistribución de roles, las liturgias simplificadas, las modernas actitudes pastorales.

7. — La imagen de una **Iglesia comprometida y más humanizada** es la preferida por los hombres de este tiempo. Se percibe en todas partes la reacción contra una religiosidad de triunfo y gloria. Una Iglesia secularizada, encarnada, comprometida, es un nuevo motivo de mentalización. En *El Medio Místico*, dirá el P. Teilhard, "la tarea de quienes quieren unirse a Dios está en adueñarse de la tierra para hacerla desembocar en el medio divino que Dios le asigne". En esta visión la Iglesia se siente "real e íntimamente solidaria de la aventura humana".

Con estas reflexiones mentalizantes, juzgadas por muchos, contradictorias y desbordantes, se llega a postulados de acción de una Iglesia concreta y comprometida. En la realidad de una Latinoamérica frustrada aparece Medellín. Antes que problemas metafísicos interesan allá los remedios que la Iglesia puede aportar en servicio de los pueblos. Veinte postulados doctrinales y más de un centenar de cursos de acción al servicio de 250 millones de creyentes. El descubrimiento de Cristo en cada prójimo, dice Paulo VI, es la mística de una acción comprometida. La Teología de la pobreza es para Méndez Arceo el llamado a una auténtica justicia social. La Iglesia "militante y de protesta" es una advertencia frente al poder civil injusto, denuncian los Obispos del Tercer Mundo. Con estos instrumentos actúan los cristianos y se interrogan a veces ante el impacto del sacerdote que predica la guerrilla o carga con el fusil arrastrado en un proceso inevitable. La justificación teórica dice Fals Borda es un hecho real, pero es también la expresión de un pensamiento llamado negativo. El compromiso hacia un proceso de violencia en la acción, aun la llamada acción de violencia justa, es en cambio una "utopía" (Manheim) "que trasciende de la realidad" y al fin de cuentas sirve de advertencia para el pacífico progreso de la historia.

8. — El Concilio teorizó acerca de la *nueva misión sacerdotal*. Poco se dijo, tal vez porque nada había que decir, de su mentalización frente a los nuevos cambios. Paulo VI habló hace un tiempo del sacerdote moderno y advirtió cierto rechazo de quienes lo imaginan como "un fenómeno social extraño, anacrónico, impotente, inútil y hasta ridículo. No deja de inquietar a la periferia de la cristiandad, la masa del pueblo cristiano, una imagen posible del sacerdote moderno.

Con el P. Teilhard empieza la "metamorfosis". ¿Es necesario para ser cristiano renunciar a ser apasionadamente humano? Esta aguda reflexión, extendida al sacerdote, verdadera "utopía" en 1940, adquiere objetiva realidad y expande un sinnúmero de improntas al tiempo que sugiere

interrogantes frente a la sentencia evangélica de que todo debe ser dejado para seguir al Señor. Chenú imagina al sacerdote como pura presencia en el mundo. Schillebeeckx le concede amplia intervención "de incógnito" en todas las cosas, porque en el mundo todo es zona de Iglesia. Ballet habla de la vida de un hombre y acepta para él una profesión mundana compartida con un trabajo de "port-time" ministerial. Este es el proceso de angustiosa "denuncia sacral" no mentalizado aún y comparado por Tamayo con los mineros en huelga que piden el relevo a trabajos de superficie.

Para ensordinar la dimensión sagrada, mística, eclesial, algunos acentúan la dimensión bíblica y apostólica. Leclercq encuentra el remedio en una espiritualidad comunitaria, Dennis aboga por un ministerio pleno y especializado, Rahner destaca la misión profética y hace de la predicación el núcleo auténtico, junto al testimonio y a la santidad.

¿Cuáles serían las perspectivas en la fenomenología del pueblo cristiano como receptor de la misión? Frente a debilidades de Fe, a personalismos, a soledades afectivas y desequilibrios, muchas veces auténticos, es observable que el común de los cristianos, y los que no lo son, seguirían eligiendo el modelo que parece coincidir con el propuesto por Camargo y que supone en el sacerdote, a) la aceptación de una misión evangélica, b) la disposición a padecer el éxito o el fracaso de la Iglesia, c) la consagración de su vida a la Fe, a Cristo, a la Iglesia, a la Humanidad y d) la oblación personal de ciertos planos humanos.

La tendencia anti-celibato sacerdotal tiene de histórica la realidad de la "utopía" (Manheim). Son concretos los esfuerzos por incorporar temática de tanta trascendencia en los próximos encuentros a nivel de Santa Sede y, según casos aislados, a nivel de Iglesias particulares. Mientras tanto, las conclusiones del controvertido Schillebeeckx y del reformado Max Thurian están ahí para impugnar la nueva tendencia, que el Episcopado holandés aventura a calificar de una realidad histórica más.

Pero el cambio intrínseco a la naturaleza humana, es una realidad terrestre, no una crisis sino verdadero signo. Lo seguirá siendo en esta era de contrastes y sorpresas desconcertantes. ¿Cómo se explicará la Fe a poco que entremos de lleno en las realidades espaciales?, ¿los egoísmos humanos no superados hasta ahora se encontrarán tal vez con nuevas tendencias morales?, ¿la aventura del universo servirá al hombre para una nueva esclavitud o para "dominar el mundo" en el sentido del Génesis?

Nada mejor, por tanto, que conocer el Cambio, internalizarlo, encauzarlo, para crecer en él y preparar el advenimiento de otros más nuevos e insospechados. ♦